

## Occidente debe ser olvidado

por Alain de Benoist

Después, Occidente y Europa se unieron para siempre. Sin embargo, a partir del siglo XVIII, el adjetivo "occidental" salió a la luz en las cartas náuticas que se refieren al Nuevo Mundo, también llamado el "sistema americano", en oposición al "sistema europeo", o el "hemisferio oriental" (que luego incluiría Europa, África y Asia).

En el período de entreguerras, Occidente, siempre después de haber sido asociado con Europa, como por ejemplo en la obra de Spengler, fue contrastado con el Oriente, que se convirtió en un objeto de fascinación (René Guénon) y un espantapájaros (Henri Massis). Durante la Guerra Fría, Occidente –incluida Europa occidental y sus aliados anglosajones como Inglaterra y Estados Unidos–, situó a ambos en ese momento frente a el "bloque del Este", dominado por la Rusia soviética. Este punto de vista fue lo que permitió a los EE.UU. legitimar su hegemonía, sobreviviendo al colapso del sistema soviético.

Hoy, Occidente ha adquirido nuevos significados. A veces puede tener uno puramente económico: "Western" son todos los países modernos desarrollados e industrializados, como Japón, Corea del Sur y Australia, incluidos los países de la antigua "Europa del Este", América del Norte o América Latina. "Ex Oriente lux, Luxus ex Occidente," (La luz viene desde el Este; el lujo viene del Oeste), dijo en tono de broma el escritor polaco Stanislaw Jerzy Lec. Occidente está perdiendo su contenido espacial sólo para terminar fusionándose con la noción de modernidad. A nivel mundial y como la última encarnación de resistencia al furor orientalis, a los ojos de los occidentales, Occidente se opone al Islam. En consecuencia, existe una división fundamental que separa el sistema "judeocristiano" occidental del "árabe-musulmán" oriental, y algunas personas no dudan en predecir que la lucha final de "Roma" e "Israel" - la guerra de Gog y Magog - culminará en la era mesiánica.

En realidad, no existe nada que manifieste un unitario "Occidente", al igual que no hay homogeneidad en el "Oriente". En cuanto a la noción del "Occidente cristiano", que ha perdido todo su significado desde que Europa se hundió en la indiferencia y el "materialismo práctico", y en vista del hecho de que la religión se ha convertido en un asunto privado, Europa y Occidente se han visto completamente desarticulados entre sí -hasta el punto de que la defensa de Europa a menudo significa la lucha contra Occidente-. Ya que no está relacionada con un dominio geográfico, por no hablar del cultural, la palabra "Occidente" se debe olvidar para siempre.

Hablamos más bien de Europa. Europa, de repente, quiso acceder a una misión universal - un deseo que no se encuentra en otras culturas-. Jean-François Mattei habla, con razón, acerca de la "visión teórica de lo universal." Esta idea de lo universal ha degenerado más adelante en el universalismo, que originalmente tenía un carácter religioso y luego un carácter laico (sólo hay tanta distancia entre lo universal y universalismo como la hay entre la libertad y el liberalismo). En su búsqueda de la igualdad, el universalismo se reduce a la ideología de lo mismo, a expensas de la diferencia, es decir, en la afirmación de la primacía de la unidad frente a la multiplicidad. Pero también refleja el etnocentrismo oculto hasta el punto de que, cualquier idea de universal

inevitablemente refleja una determinada concepción de lo universal. Inicialmente, había una necesidad de comprender al Otro desde el punto de vista de los Otros y no desde el propio Ser. Después, alguien dio la idea del Ser-Yo, que resultó ser catastrófica.

Europa parece estar en declive en todos los niveles. La propia construcción europea se está derritiendo ante nuestros ojos. No sólo es Europa el "hombre enfermo en el planeta económico" (Marcel Gauchet); también se enfrenta a una crisis sin precedentes de la inteligencia y la voluntad política. Se quiere sustraer a la historia, impulsada por la idea de que el estado actual de las cosas –el capital sin límites y la tecno-ciencia- continúe su curso para siempre y que no hay nada más que sea posible, y sobre todo que no hay nada mejor. Cediendo a un impulso que se ha convertido en una parte y un objeto de la historia de los demás, Europa se ha eximido a sí misma de su propio ser. Entre la dimisión de su pasado y el miedo a su futuro, cree en nada más que no sea el moralismo abstracto y en los principios incorpóreos que salvarla de prosperar en su ser, incluso si el precio es su metamorfosis. Olvidando que la historia es trágica, olvidando que se puede rechazar cualquier consideración de poder, la búsqueda de consenso a cualquier precio, flotando ingrávida, como en una forma de letargo, no sólo da su consentimiento a su propia desaparición, sino que interpreta su desaparición como una prueba de su superioridad moral. Uno puede, evidentemente, pensar en el "último hombre" del que habló Nietzsche.

Así que lo único que no está en declive es el tema de la caída en sí misma. Esta cuestión no es una rama de la antigua tradición del pesimismo cultural. Necesitamos saber si la historia obedece a leyes intrínsecas que van más allá de la acción humana. Si hay una decadencia de Occidente, entonces este descenso viene de lejos y no debe ser reducido al estado actual de las cosas, tales como la globalización. El destino de una cultura está contenido en su origen. Su historia misma está determinada por su origen, ya que su origen determina su itinerario histórico, su habilidad narrativa, y el contenido de su narración. Históricamente, la idea occidental se expresó primeramente en una forma metafísica, después en una forma ideológica, y luego en una forma "científica". Evidentemente, está perdiendo fuerza en la actualidad. Occidente ha dicho todo lo que tenía que decir. Está llegando a su fin en una disolución caótica y nihilista, como el agotamiento de la energía.

La verdadera cuestión es si existe otra cultura que, después de haber abrazado la modernidad, pueda ofrecer al mundo una nueva forma de dominio de lo universal, tanto en la teoría como en la práctica, o para el caso, si la cultura occidental, después de haber llegado a su fase terminal, podría dar a luz a otro tipo de civilización. De hecho, cuando una cultura llega a su fin, otra puede sustituirla. Europa ya ha sido escenario de muchas culturas y, por tanto, no hay ninguna razón por la que no puede volver a ser la patria de una nueva cultura, de la cual tenemos que detectar las correspondientes señales de advertencia. Esta nueva cultura seguirá a la anterior, pero no será su extensión. En lugar de caer en lamentaciones innecesarias, lo que se necesita es una vista lo suficientemente afilada para mirar los márgenes donde algo pueda crecer y que permita mantener la esperanza.

Estamos de vuelta con Spengler, pero con una matización; lo que llega a su fin anuncia un nuevo comienzo.